

## **CONFERENCIA DEL DR. JOSÉ LUIS CORAGGIO.**

### **“Universidad y desarrollo. Viejos y nuevos desafíos”.**

El desafío es grande, porque se supone que mi función es plantear algunas ideas que puedan servir para la polémica o para el diálogo, todo en un período de tiempo corto dada la complejidad del vínculo entre los procesos de desarrollo y la Universidad como institución y la calidad de los participantes en este encuentro de reflexión. Asumo esa responsabilidad planteando afirmativamente mis propias convicciones, y me someto al debate posterior.

#### **La situación global como escenario**

Me parece que una de las funciones de momentos como éste es reflexionar y desprenderse un poco de la inmediatez que necesariamente caracteriza el uso de ciertos conceptos o nuestras prácticas cotidianas. Propongo que pensemos que estamos viviendo una revolución de los paradigmas, que afecta en primer lugar aquel gran paradigma del desarrollo de las sociedades que estuvo basado en el “pienso luego existo”. Este paradigma centrado en el pensamiento, en la ciencia, en la capacidad del conocimiento humano sistemático para orientar las prácticas de los Estados y de todas las personas que componían las sociedades, un paradigma que iba acompañado de la hipótesis de que el progreso era algo no solo posible sino ineludible. Desde Adam Smith hasta Carlos Marx participaron de esta idea de que el desarrollo de las fuerzas productivas, el desarrollo de los mercados era una función histórica necesaria para llegar, alguna vez, a la posibilidad de una sociedad integrada, igualitaria, con libertad, desprendida del mundo de la necesidad.

Esa idea, que ha presidido dos siglos de pensamiento y de acción y que se ha ido institucionalizando, se podía haber encarnado de diversas maneras: una manera, que es la que dominó, fue la del mundo occidental. La institucionalizó a través de privilegiar el mercado como forma de lazo social, como forma de intercambio entre las personas, entre las comunidades, entre las sociedades. Esto significó una idolatría del mercado, que Karl Polanyi ayudó a poner en perspectiva al señalar lo que significó pretender que la naturaleza-tierra y las capacidades humanas-trabajo fueran tratadas como cosas, convertidas en mercancías y transadas en el mercado como cualquier otro producto de propiedad privada.

Hoy es el día que estamos experimentando las consecuencias de que los agentes (privados o públicos) que tienen la iniciativa y los recursos para contratar y combinar recursos para la producción puedan decidir, sin restricciones morales, que no compren fuerza de trabajo porque no es eficiente ni rentable desde la perspectiva del excedente financiero. Esto, operado a escala global, está generando un sistema social sin refugios para los excluidos, que es inaceptable desde una ética de la vida humana. Esas consecuencias van mucho más allá de lo que a veces llamamos crisis, como la del 2001. Son parte de un proceso autodestructivo que ya no requiere de demasiada teoría profunda ante su clara evidencia. Sin embargo, una cosa es constatarlo y otra comprenderlo. Afortunadamente, surgen y concitan la atención miradas históricas y más comprensivas sobre qué significa pretender que el mercado se autorregule sin límites (Bourdieu, Wallerstein, Hinkelammert, Habermas, Hobsbawm, Arrighi, etc.) Además está debilitándose la hegemonía del pensamiento neoconservador al

experimentarse las consecuencias perdurables del imperativo neoliberal de que todas las actividades humanas deben organizarse como mercado.

Esa visión del progreso a la que hicimos mención, implicaba que el desarrollo estaba centrado en una base material, en el desarrollo de fuerzas productivas sintetizadas como la capacidad de dominar y conquistar (un lenguaje de guerra) la naturaleza y de producir nuevos y más bienes. Todo ello en un mundo donde, en la versión liberal, los deseos liberados de restricciones morales se iban a multiplicar hasta el infinito, con los individuos egoístas compitiendo por estatus o por lograr su máxima utilidad lo que, de alguna manera misteriosa (la mano invisible) iba a llevar a un equilibrio social y un bienestar generalizado.

Ya hace mucho tiempo, en los 70, el Club de Roma puso en cuestión esa hipótesis optimista, llamó la atención sobre el modo de crecimiento que se estaba dando en nuestras sociedades centrado en el aumento sin freno de la producción material, en la transformación de la materia prima y de la energía. Anticipó que se iba a desequilibrar el ecosistema tierra, que se iban a agotar recursos no renovables y que se iban a poner en marcha procesos de deterioro de las bases materiales de la vida difíciles de revertir.

El llamado fue hecho hace tiempo, pero ha sido desoído por los que detentan el dominio en el sistema mundial. Aunque muchos (incluso algunos gobernantes) se han sumado a pensar en ese sentido, hasta hoy, por ejemplo, no se puede -por el ejercicio de un poder irrespetuoso de los demás pueblos por parte de los gobiernos de EE.UU- llegar a un consenso para firmar e imponer desde los Estados un convenio que limite la emisión de gases de las empresas productivas y de las sociedades consumistas. Vemos que hay estructuras de intereses regionales o nacionales que impiden que la sociedad humana pueda tener en cuenta el conocimiento que el desarrollo científico nos ha provisto, para predecir las consecuencias de nuestras acciones, hacer una reflexión solidaria y rectificar las tendencias.

Yo creo que estamos en un momento de crisis profunda, donde reflexionamos sin paradigmas previamente acordados, lo que exige de los intelectuales creatividad y criticidad para repensar cómo llegamos a esta situación. También cuáles son los esquemas mentales que pueden ayudarnos a pensar caminos alternativos a las tendencias más que preocupantes que hoy predominan en el sistema mundial y, sobre todo, posicionarnos del lado de las mayorías y partir de la hipótesis de que no hay “destino” sino múltiples alternativas cuya realización dependerá, al menos en parte, de que podamos pensarlas como opciones reales con los sujetos sociales en formación.

### **La cuestión de la racionalidad y la responsabilidad ética**

Es irracional un sistema mundial cuya dinámica –pretendidamente racional y única posible- amenaza no sólo con mantener sumergidos a miles de millones de seres humanos en la miseria, sino con acabar con la vida en el planeta. Vivimos en sociedad, por lo que cuando digo “vida”, digo la vida de cada sujeto humano en su relación con los otros. Visto así, un individuo racional no puede, por más individualista y por más centrado en sus intereses que esté, avanzar para mejorar su situación inmediata aniquilando a los otros, porque al hacerlo acaba con su propia vida. Estamos en una situación que algunos filósofos califican como una sociedad que se suicida, una sociedad tan irracional como sistema que es capaz de acabar con las bases naturales de la vida de todos.

Pongo a su consideración que, sin quedarnos en este nivel de análisis global, necesitamos esa mirada sobre la totalidad para pensar racionalmente el día a día. Si no tenemos esa mirada trascendente no nos vamos a preguntar, por ejemplo, qué concepto de racionalidad tenemos - implícito o explícito - cuando tomamos decisiones todos los días, cada uno desde su lugar en la sociedad.

Obviamente aplicamos el esquema de la racionalidad instrumental, de adecuación de medios a fines, ineludible dado que hay fines y hay restricciones materiales y sociales para su consecución. Una universidad, un país, una sociedad, una comunidad, se pueden dar fines, pueden tener una estrategia - eso es muy importante para no actuar reactivamente o rutinariamente - anticipando opciones y eligiendo o inventando objetivos particulares, propios, y sosteniendo una voluntad transformadora al menos de aquello que está al alcance de la acción de esos grupos. Pero esa racionalidad instrumental, si se internaliza y absolutiza como única racionalidad, puede llevar a efectos no deseados que terminan no solo no cumpliendo los objetivos, sino conduciendo a situaciones peores. (Que la tenemos internalizada se hace patente cuando, ante la acción de otros, descodificamos sistemáticamente su motivo a partir de un interés, una ventaja que busca lograr o un perjuicio que busca evitar, como si no hubiera afectos, solidaridades genuinas, reglas de reciprocidad y valores que no sean utilitarios).

Siendo necesaria, la racionalidad instrumental debe ser subordinada a la racionalidad reproductiva (reproducción y desarrollo) de la vida o, más concretamente, de la institución en la cual estoy trabajando. Pero, como las personas, la institución Universidad no tiene sentido por sí sola, no tiene sentido aislada, solamente existe y adquiere sentido en la sociedad. Y la sociedad no es un "contexto" externo a la universidad. Las universidades, como tantos otros actores colectivos, co-constituyen el entramado de fuerzas y relaciones que llamamos sociedad. Podemos planificar y mejorar la posición de la universidad en ese campo de relaciones, proyectos y fuerzas, pero hay un presupuesto (no en el sentido financiero): esa relación tiene que existir; si no existe, la Universidad misma (solipsista, endogámica) no tiene sentido.

Qué quiere decir esto? Que tenemos que hacernos cargo, en alguna medida y modestamente, de lo que pasa en el resto de la sociedad. No sólo para tomarlo como un dato, sino para hacernos co-responsables como un actor colectivo, con nuestra especificidad y nuestras capacidades y recursos, por el hecho de que nuestro desarrollo esta íntimamente ligado al desarrollo de la sociedad como un todo.

Las comunidades ya no se limitan a esas comunidades históricas, ancestrales, de los grupos étnicos, que todavía perviven y que en algunos países de América Latina se están potenciando nuevamente. Comunidades donde el individuo prácticamente no tenía existencia porque era uno-con-la-comunidad (y con la naturaleza), sino que la modernidad ha dado lugar a las asociaciones voluntarias, a una sociedad compleja de individuos-ciudadanos que se incluye voluntariamente en muchos tipos de comunidades y asociaciones que contribuyen a definir nuestra identidad. En tal sentido, nuestra identidad es en parte heredada pero también en parte autoconstruida por las decisiones que vamos tomando en cuanto a alianzas, acciones estratégicas, tomas de posición...

El proceso de individuación ya no puede (ni creo que querríamos) ser revertido, pero individuación no quiere decir individualismo. Desde ese punto de vista cabe la posibilidad de pensar en múltiples comunidades donde nos asociamos libremente, y una de esas comunidades es la comunidad universitaria, que adquiere el sentido de su función social de potenciar, mediante la producción y reproducción del conocimiento,

nuestras capacidades y las capacidades de todas las personas. Como diría el Premio Nobel Amartya Sen, el desarrollo debe ser básicamente definido como el desarrollo de las capacidades plenas de todos los seres humanos. No puede seguir siendo limitado al crecimiento del producto bruto, no puede seguir siendo definido como la capacidad de explotar más eficientemente la naturaleza o al trabajo humano, si bien necesitamos una base material para lograr ese desarrollo de las capacidades plenas de todos.

Esta visión se apoya, además, en reconocer y sopesar los efectos indeseados e indeseables del modo de desarrollo que, como sociedades humanas, hemos estado experimentando. Podemos estar obnubilados con los progresos, con las innovaciones, con la multiplicación de las capacidades humanas a través de la tecnología, por la cantidad de cosas que podemos hacer y todos los avances vertiginosos que estamos observando. Pero, a la vez, tenemos que hacernos cargo de que estamos cambiando el clima en la tierra. Estamos creando condiciones para que dentro de veinte años desaparezcan territorios debajo de las aguas, de que puede llegar a haber guerra por el agua (ver las gigantescas consecuencias que puede tener la sequía creciente en regiones sedientas de agua), de que se están fragmentando sociedades y comunidades excluyendo a las mayorías de las innovaciones tecnológicas y de las relaciones de producción que los acompañan. Tenemos que ver con claridad que se está manejando la conflictividad social cada vez más militarmente, y tenemos que considerarnos de alguna manera co-responsables de lo que está pasando con el manejo de las situaciones sociales en el mundo. No alcanza con negarse a participar en las guerras, hay que tomar valor, juzgar y condenar las prácticas que llevan a la civilización humana hacia un derrotero de enfrentamiento, de guerra y de muerte.

Si para explicar esto planteamos que la clave está en la economía, en la “base” material de la sociedad, retomando aquella vieja idea de que la economía es la base y determina el “espíritu”, la sociedad, las ideas, la cultura, las estructuras jurídico-políticas, etc., creo que no vamos a avanzar mucho. Hoy está cada vez más claro que hay una complejidad de los determinismos que va en muchos sentidos: no podemos decir que las fuerzas productivas, la tecnología, determinan al desarrollo humano, porque las ciencias están siendo dirigidas, no son creatividad libre, hay sujetos que dirigen el desarrollo tecnológico en una dirección o en la otra. Puede haber inventos que no deberían convertirse en innovaciones porque desconocemos los desequilibrios que pueden causar, aunque resulten rentables para la inversión privada, o útiles para un proyecto de dominio militar. Pero hoy estamos en una situación donde se está experimentando con los mismos humanos, donde las guerras localizadas y las poblaciones de la periferia son un campo de experimentación tecnológica, biológica. Hay un complejo industrial-militar (que ya denunció Eisenhower), que gobierna sin haber sido elegido en EEUU que no podemos silenciar porque es políticamente incorrecto pensar en un marco confrontativo. Pero la guerra no es un objetivo en sí, sino en la medida que es negocio. Se están convirtiendo en innovación ideas que dan lugar a productos, cuya demanda es generada sin límites morales por los mismos que organizan la producción, y que al poco tiempo vamos advirtiendo que tienen una cantidad de efectos no deseados. Por supuesto que la condición humana hace imposible que se puedan conocer todas las consecuencias de nuestras acciones, sobre todo cuando son intervenciones fuertes, pero no podemos fingir demencia ante tanta evidencia.

Porque la condición humana, como dice Habermas, no es pura limitación sino que incluye la posibilidad del aprendizaje. Entonces, si después de mucha experiencia, de darnos cuenta de los efectos no deseados de las intervenciones que se hacen con el

criterio de la ganancia monetaria, no aprendemos y contribuimos a rectificar los rumbos de las decisiones que se toman en nuestro nombre, somos co-responsables. Una intervención político-económica, como la de abrir nuestros mercados de la manera que se han abierto en los 90 (y desde el 76), primero, asimétricamente, pues los mercados del norte no están abiertos como los mercados del sur. Segundo, con los ritmos en que se abrieron, lo que en la Argentina implicó la desindustrialización súbita, la pérdida de capacidad productiva sin tiempo para readecuarse a las nuevas reglas del juego. Tercero, buscando una competitividad de corto plazo que implica, entre otras cosas, la simplificación de los ecosistemas con la pérdida irreversible de biodiversidad, el empobrecimiento masivo y la dualización de la sociedad, ha demostrado ser una intervención ruinosa. Y conocidos los resultados, deberíamos rectificar no para dar marcha atrás, para volver al pasado, pero sí para comprender que se trata de procesos que no son naturales. Son resultado de decisiones políticas, del juego de intereses y fuerzas, de la encarnación de visiones ideológicas extremistas. Debemos advertir que es posible construir otra relación de fuerzas, fundamentar y legitimar otras estructuras y decisiones políticas si no queremos estos resultados.

Entonces, a esta altura, como universidades pensantes, no podemos alegar no responsabilidad por los problemas que se están generando en el mundo y en particular en nuestro país, en nuestras regiones. Fuimos responsables por un largo silencio institucional ante el saqueo al que fue sometido nuestro país, incluso una vez que volvimos a las formas democráticas (silencio al que no fue ajeno el juego del partidismo en el interior de las universidades). Somos co-responsables de nuestro futuro y del futuro del país, de la región y del mundo (porque somos parte de un sistema mundial de universidades) y parte de la responsabilidad consiste en definir qué clase de sociedad queremos, qué clase de vida queremos.

### **La economía**

Hay muchas maneras de avanzar en esto. Por razones reales y por un imaginario economicista exacerbado (pero no inventado) por el neoliberalismo, la economía (“los mercados”) aparece como proceso central, determinante del movimiento general. Pero en el sentido común de la gente y de muchos gobernantes está la idea de que la economía es intocable, que es algo que “nos está pasando”, algo que nos golpea, un “monstruo grande que pisa fuerte” y de pronto nos barre como un huracán. Hoy podemos estar encantados porque el precio de la soja permite una captación importante de renta a nivel internacional (que al menos el gobierno está captando, aunque hay que transparentar y debatir los modos de redistribuir ese excedente). Pero un cambio tecnológico, o el mero conocimiento de las consecuencias que puede tener el uso de los transgénicos, para dar un ejemplo, puede hacer que ese precio baje drásticamente, y eso va a significar un cambio muy importante en esa especie de veranillo que tenemos hoy por el precio de cuatro o cinco productos que produce y exporta la Argentina al sistema mundial. Los límites de nuestras reservas petroleras y de nuestras capacidades de producción de energía alternativa parecen, al menos hasta donde se socializa la información, ser otro límite latente a la alta tasa de crecimiento que estamos experimentando.

En la medida que nosotros nos quedamos con una visión de la racionalidad económica basada en aprovechar las oportunidades vistas como negocio, y que ese es el criterio predominante para saber si algo es bueno o malo para la sociedad, nos colocamos en escenarios de incertidumbre adicional. Así quedamos en manos de la especulación financiera de iniciativas privadas caóticas, con un alto riesgo de que no

seamos capaces de decidir de manera más autodeterminada cómo queremos ubicarnos en el mundo. Hoy la economía es el resultado de decisiones tomadas por múltiples actores, predominando entre ellos los empresarios capitalistas, los conglomerados internacionales que tienen estrategias no nacionales sino globales, y algunos estados nacionales. El Estado periférico por momentos parece tener posibilidades de cumplir un papel importante. Ahí tenemos el ejemplo de la incipiente latinoamericanización de empresas interestatales que puedan hacer del MERCOSUR una región que tenga la posibilidad de integrarse con mayor autonomía al mercado mundial.

Si vamos a considerar la economía como una base importante para pensar nuestro devenir, quiero proponerles definir Economía de la siguiente manera: “es el sistema de instituciones y prácticas que se da a una sociedad para definir, movilizar, distribuir y organizar recursos y capacidades con el fin de satisfacer de la mejor manera posible las necesidades legítimas de todos los ciudadanos actualmente existentes e intergeneracionalmente”. En esta definición hay varios puntos que quiero destacar.

En primer lugar decimos: “sistema de instituciones que se da una sociedad”, por lo tanto, estamos afirmando que tiene sentido tener una voluntad transformadora de la economía y que no tenemos que aceptar como natural la economía que tenemos y meramente adaptarnos a ella como si fuera una segunda naturaleza. La historia nos muestra esto, nos muestra que lo que hoy aparece como “la economía argentina” es el desarrollo de doscientos años de capitalismo y quinientos de colonialismo. Pero antes no era así, se podía haber evolucionado con grados distintos de equidad, y no hay ninguna razón por la que en el futuro debamos aceptar haber “entrado en Latinoamérica” porque nos empobrecieron y esto es irreversible y a lo sumo debe ser gestionado políticamente para evitar que la “clases peligrosas” se rebelen. El pensamiento único, el pensamiento neoliberal y conservador nos ha querido convencer de que esto es “la realidad”, que luego de sincerarnos y acabar con los derechos de los trabajadores y las garantías del Estado Social, hemos llegado asintóticamente a la mejor forma humana de organizar la economía. Esa afirmación puede ser empírica, científica y filosóficamente rechazada.

Decimos también que este sistema de instituciones, tiene que definir qué es recurso. Otras definiciones (las dominantes) de la economía la ven como “el proceso de asignación (economizante, ahorrativa) de recursos escasos a fines múltiples”, pero no se preguntan qué es recurso y qué no. Para esa visión todo es en principio recurso escaso, todo puede potencialmente ser incorporado a un proceso de producción, transformación de la naturaleza en objetos útiles, de valorización del capital, de generación de excedentes económicos. Pero, al incluir como una de las tareas de la economía definir lo que puede ser considerado como recurso, usado o desechado, implicamos que hay un determinismo cultural muy fuerte de lo que es económico. Para los argentinos, las vacas son un recurso que, para comenzar no lo cazamos, lo producimos, lo reproducimos y cambiamos su calidad, su composición orgánica, es un producto, lo industrializamos, es una mercancía, lo vendemos, lo comemos. Pero en algunas regiones de la India la vaca no es un recurso ya que por razones simbólicas no puede ser tratada de esa manera.

De la misma manera, puede parecer lo más normal del mundo que las capacidades de trabajo sean un recurso (propiedad de los trabajadores). Puede ser comprado y vendido en el mercado, se puede reproducir (en buena medida “fuera de la economía oficial”, en las unidades domésticas, comunitarias), se puede usar o no usar y quienes toman las decisiones de organizar la producción pueden decidir racionalmente que ese recurso no les hace falta, y simplemente no lo compran, porque hay libertad de iniciativa. Pero resulta que ese recurso, la fuerza de trabajo, está ligado

a las personas y cuando las decisiones para ver qué hago con ese recurso, si lo compro o no lo compro, cuánto pago y cómo hago competir a los oferentes para definir el precio en el mercado, genera una violenta desocupación, subocupación, precarización, destitución y pérdida de calidad de vida. Genera personas fragmentadas en su identidad y todos los otros efectos en la convivencia social. Si nosotros valoramos éticamente como inaceptable este resultado, además de apoyar la definición de urgentes programas sociales asistenciales, debemos revisar si es correcto seguir tratando a la fuerza de trabajo como una mercancía más, y aceptar que se compra y venda en un mercado desregulado (algo que comenzó a configurarse no hace ni dos siglos).

La fuerza de trabajo no fue siempre una mercancía, ni comprable o vendible, estuvo a veces adscripta a la tierra, y se transmitía con la tierra, fue fuerza de trabajo esclava. Fue también fuerza de trabajo libre de artesanos o campesinos propietarios de los medios de producción, que vendían en el mercado y desarrollaban sus capacidades y transmitían su cultura. Hay muchas maneras de considerar la fuerza de trabajo y opciones abiertas ya pensadas y otras por pensar.

Hoy hay movimientos sindicales y sociales en Francia que plantean la necesidad de que todo el mundo tenga que compartir la gran jornada de trabajo que requiere la producción en una sociedad, de modo que todo el mundo tenga la posibilidad de trabajar. Entonces, en vez de que algunos puedan trabajar 16 o 20 horas diarias, sobrecargados para poder mantenerse en un puesto del cual saben que en cualquier momento pueden ser despedidos, y otros estar totalmente desocupados y no haber tenido ninguna trayectoria laboral, ninguna participación en el sistema de división del trabajo, se propone que haya una repartición del trabajo. Y esto es algo que el mercado no lo va a producir sino que requiere una intervención política mayor. Para Argentina, el mercado lo que va a seguir afirmando que nuestra mano de obra todavía (a pesar de la violenta reducción de los salarios de bolsillo y de los “costos salariales” –contrapartida de la garantía de derechos de los trabajadores-) es demasiado cara comparada con la de China, y que si se comienza a recuperar el valor del trabajo aquí no vendrán las ansiadas inversiones. Mientras se viola la Constitución, se incumplen contratos como los de seguridad social, las leyes del medio ambiente, etc. se nos acusa de no garantizar la llamada seguridad jurídica de la propiedad privada, que equivale a respetar contratos que fueron impuestos o firmados –muchas veces con corrupción- por representantes ilegítimos de nuestra sociedad. Se advierte correctamente que Argentina será un país difícil de gobernar si no empiezan a revisarse algunas de las pérdidas de derechos sociales (y no sólo políticos) que se han ocasionado en los últimos 30 años, desde la dictadura militar. Todo este juego de negociaciones asimétricas, como el de la renegociación de la deuda externa, es parte del campo de fuerzas que llamamos economía. Ahora, ponernos a competir por costos con la fuerza de trabajo china implica que sigamos perdiendo derechos humanos.

Además, se pone la condición (en nombre de los mercados) de que el Estado se reduzca (que baje impuestos al capital y a los capitalistas y sus élites asociadas), que no se haga cargo de las condiciones de vida de la gente. Qué clase de ciudadanía vamos a tener si tenemos que competir por costos con los cientos de millones de trabajadores chinos. Ya lo vemos hoy, cuántos bienes globales simples y complejos dicen “made in (algún país asiático)”.

Agreguemos que nuestros negociadores internacionales pueden decir “China es un mercado extraordinario, con perspectivas de gran crecimiento y tenemos que estar ubicados ahí, ganar una cuota de esas demandas de bienes de consumo que se vienen”. Si llegado el momento de negociar, los negociadores chinos dijeran: “bueno,

compramos su soja, pero cómprennos algo, cómprennos camisetas, cacharros, loza”, resulta que estas cuestiones menores son nuestra industria textil, nuestra artesanía, nuestra producción liviana de artefactos domésticos, y tal vez en el futuro cercano “nuestra” industria automovilística. Es decir, volvemos a ser un país agropecuario, que exporta productos con poco valor agregado, nos quedamos sin empleo y sin la mínima autosuficiencia que bien defienden nuestros compradores del Norte o del Asia, que sí tienen una estrategia a largo plazo.

Por otro lado, dejar que la organización de los recursos esté librada al mercado global implica que, con la masividad de la demanda mundial, cuando una región se ubica como aquella que tiene ventajas comparativas para producir mejor un producto, toda la demanda del mundo o una parte importante se vuelca a esa región y la convierte en monoprodutora y expulsora de mano de obra. Desde el punto de vista de la competitividad o del punto de vista de los equilibrios ecológicos, humanos, sociales, institucionales, esa región y sus recursos se convierten en apéndice de un sistema de empresas, entran divisas al país, se pueden sostener temporalmente balances macrofinancieros, pero no necesariamente es la condición para poner en marcha un proceso de producir la mejor sociedad. Esto implica que tenemos que debatir más qué clase de economía queremos, qué límites le ponemos a las decisiones de los agentes del mercado. Esos límites son morales y no tendrán eficacia si no tienen el soporte de fuerzas sociales, políticas, de acuerdos democráticos que fortalezcan la representación nacional y alianzas favorables en los foros internacionales.

Volviendo a la definición, decíamos que el sentido de la economía tiene que ser la resolución de las necesidades legítimas de todos los ciudadanos, no demandas cualesquiera de los que puedan desear porque tienen los medios para satisfacer sus deseos. Primero, tienen que ser necesidades legítimas y segundo tienen que poder satisfacerlas todos. Cómo hacemos hoy para legitimar las necesidades? por la capacidad de compra. Si uno desea en este momento irse a esquiar y tiene el dinero para hacerlo va al mercado y compra pasajes, alojamiento, equipo y satisface su necesidad. Si uno tiene la necesidad de que sus hijos coman todos los días y no tiene dinero, el mercado no le permite satisfacer esa necesidad. Si uno tiene la necesidad de realizarse como persona participando en la división social del trabajo el mercado puede decidir que tiene demasiada edad, demasiada experiencia, o que no tiene ninguna. Aquí hay un sentido de injusticia estructural, que nosotros no podemos dejar de lado, más allá de que tengamos que imaginarnos cómo va a ser la vida en una sociedad en la que se está multiplicando este efecto de exclusión. Como anticipa Wallerstein, si siguen las tendencias actuales, sólo entre el 5 y el 10% de la sociedad mundial va a estar integrada a ese sistema moderno como un asalariado permanente. Todo el resto, o va a ver precario o no va a tener empleo en lo absoluto.

En este caso, cómo evaluar el sistema de necesidades si el éxito o el fracaso en el mercado van a ser los que permitan legitimar las necesidades? Si acá en este grupo pudiéramos tener la posibilidad de un fondo limitado de recursos y tuviéramos que decidir cómo lo asignamos entre las necesidades de los miembros del grupo, puede aparecer alguien que diga “yo me muero de ganas de ir a esquiar” y alguien que quiere que sus hijos coman todos los días de la semana o que quiere atención a su salud porque está al borde de la muerte. Cómo encararíamos la situación? A veces se piensa que estos problemas son tan complejos que nosotros no podemos hacer nada, que cada uno tiene que velar por lo suyo y a lo sumo moverse un poco dentro de la institución en donde está, pero que hay tantos problemas en el mundo que no los podemos solucionar participando.

Pero, si no fuéramos capaces de decir qué necesidad es legítima en este momento de todas las que planteamos en este pequeño grupo, cómo vamos a encarar la cuestión económica, que es la asignación de recursos en otra escala, sin conocer a los demandantes, y hacerlo con criterios de justicia social, con criterios de equidad, que tienen que ver con la reproducción de la vida de todos? Para encarar estos problemas se han ido generando procedimientos y pautas que se institucionalizan, a veces como mecanismos casi ciegos (como la figura de la justicia vendada, o el mercado mismo), o aparentemente concientes, como la democracia representativa. Y vemos que las sociedades que concretaron la institucionalización, aparentemente de formas equivalentes, son en realidad muy distintas (el derecho a la propiedad privada es mucho más irrestricto en nuestro país que en Alemania).

Habíamos dicho que “la economía es el sistema de instituciones”. Por ejemplo, en Porto Alegre se desarrolló el presupuesto participativo como una institución de la economía pública, donde la sociedad participa. Al comienzo fue muy difícil, incluso el primer año ni siquiera estaba pensado hacer esto, pero luego se fue desarrollando e instituyendo un sistema. Al principio la gente reclamaba lo que quería para su barrio, como por ejemplo: alumbrado, asfalto, policías, etc. Y 10 años después la gente estaba discutiendo lo que quería para “su ciudad”. Estaba discutiendo algo más cercano a la totalidad de las cuestiones que repercutían sobre la vida de todos, se preguntaban “qué hacemos con el puerto”, y al preguntarse esto estaban pensando en el sistema de comercio internacional y tenían que ubicarse en qué planes había para la economía de la región.

Desde muchos puntos de vista, a la enorme mayoría de nosotros nos es negada la condición básica de ciudadano, de poder participar de las decisiones públicas, porque hay un sistema burocratizado, tecnologizado, dirigido por “los mejores”, los políticos y técnicos que saben, los que toman las decisiones, y a las grandes mayorías se las deja afuera y se las desinforma. Incluso muchos de nosotros, por más que sabemos mucho, no participamos en ese tipo de decisiones, y por más que tengamos la ilusión de que estamos armando un proyecto, de que estamos participando de una decisión, es tan marginal que por sí sola y aislada no hace la diferencia que llamamos transformación social.

El proyecto participativo se extendió a más de 200 municipios en Brasil, y además ahora está siendo adoptado hasta en países del norte. Acá en la Argentina, por alguna razón, con todo lo limitada que es esta institución dentro del conjunto de la economía de mercado, se habla de presupuesto participativo pero no se aplica, salvo honrosas excepciones (un caso es el de Rosario). Hay una debilidad institucional de la temerosa clase política y también de muchos científicos y técnicos, que no quieren que se convoque a la sociedad salvo de manera pasiva, lo que efectivamente genera un problema de ingobernabilidad y vulnerabilidad institucional, en vez de contar con el enriquecimiento de las opiniones y los puntos de vista de todos.

La referencia al horizonte temporal “intergeneracionalmente”, incluye la sustentabilidad. Con todas esas transformaciones vertiginosas, tecnológicas, políticas, que se están dando hoy, en un mundo que tiene una única potencia mundial cuyo poder no se basa en la salud de su economía (porque es la economía más endeudada del mundo financiada por Japón y por China), sino en el poder militar, se genera una situación de gran vulnerabilidad de los sistemas de gobernabilidad internacional. Antes, por lo menos había dos bloques que se compensaban, las Naciones Unidas era un lugar donde se podía discutir asuntos relevantes, ahora se discute en el G-8. Hoy vemos nuevas divisiones entre y dentro del centro y la periferia, hay una contradicción en el centro, entre Europa y Japón, para ver quién va a ser el que

controle el proceso de acumulación de excedente en el futuro. Otra contradicción es la que hay entre los viejos movimientos sociales, las viejas formas en la que se organizaba la sociedad y las nuevas identidades que han surgido. En ese mundo es donde nosotros tenemos que ubicarnos y es importante tener en cuenta que está comenzando a plantearse una nueva propuesta de paradigma, una nueva visión crítica, que no es meramente anticapitalista sino que es anticolonialista. Es una visión que ve la modernidad, que comenzó con el descubrimiento (así llamado) de América, como un gigantesco proceso de 500 años de saqueo, de América Latina y África en particular, que permitió que exista hoy el mundo así llamado desarrollado. Por supuesto, que no estamos hablando de que vamos a pasar la cuenta con intereses de todo lo que se robaron los antepasados de los hoy ciudadanos del “primer mundo”, porque hay que ver con qué condiciones políticas se puede hacer eso. En todo caso, no estamos en una situación de equilibrio sino de profundo desequilibrio y de transición hacia sistemas que nadie sabe como serán pero que dependen en parte de nuestras acciones. En esa red de co-responsables, en la periferia de la red, están nuestras universidades, estas comunidades que a veces se debaten en reproducirse como si eso fuera la vida y no una vida cotidiana alienada, centrada en la reproducción de los particulares (como dice Agnes Heller), cuando en realidad nos correspondería ubicarnos en niveles superiores de la reproducción de la vida, en la Política y la Cultura con mayúsculas.

### **La universidad ante los procesos de transición**

En este momento estamos bajo la amenaza de la mercantilización de todo. En la Organización Mundial de Comercio se pretende incluir a los “servicios educativos” (lo que implica además descomponer las instituciones educativas en un centenar de servicios tercerizables) como un bien transable más, y que se liberen los mercados a la iniciativa privada. Que el Estado deje de ser oferente y proveedor de educación pública y que sean empresas educativas privadas las que se hagan cargo, usando las nuevas tecnologías y produciendo productos que el público quiera demandar. Es decir, que el estudiante o sus empleadores se convierten en clientes, y las empresas compiten por captarlos. Que los docentes sean precarizados y contratados por curso. Que el presupuesto dé lugar a los ingresos por ventas. Ya tenemos suficiente experiencia empírica de los países que han entrado en esta línea, hoy hay una fuerte crítica al sistema educativo mercantilizado de Chile y serias dudas sobre sus logros. Hoy sabemos que hay países donde la educación pública de mayor calidad es para las élites y que en la oferta de títulos universitarios prevalece una pésima calidad que es para los que no pudieron ir a escuelas secundarias privadas y tienen que pagar para acreditar conocimientos. Allí donde todas las universidades son pagas, aranceladas, los alumnos eligen a qué universidad quieren ir, dando lugar, en una sociedad desigual, a una dualización del sistema educativo universitario, secundario, primario. Ya sabemos que el funcionamiento del mercado siempre produce tendencias al monopolio (sin lo cual no habría ganancias privadas) y diferenciación, nunca produce igualdad. Que la competencia exacerbada produce malas prácticas, cuando lo que necesitamos es cooperación solidaria entre todas las partes del sistema educativo. Ahora que, si esa cooperación es para tener objetivos compartidos, estratégicos como es el desarrollo de la sociedad, nos lleva a repensar y participar en la discusión sobre qué es el desarrollo, es decir, qué clase de sociedad se quiere. Y por sociedad no entiendo a las “fuerzas vivas”, los notables que normalmente aparecen en los medios de comunicación, estoy hablando de toda la sociedad.

Para encarar activamente estas tareas, la universidad tiene una capacidad de convocatoria limitada. Aquí tenemos un problema. No puede haber un cambio en la política universitaria, en el modo de hacerla, si no hay democratización efectiva y eficaz. Si no se supera el corporativismo y el clientelismo es muy difícil que la universidad avance a la velocidad que podría. Pero no podemos tampoco achacar todo a condicionantes “externos”, culpar de todo al mercado que nos quiere mercantilizar, al Estado que nos quiere cooptar. Porque de hecho, las Universidades, tal vez al no tener una visión solidaria del conjunto, tal vez presionadas por la falta de recursos, o tal vez buscando oportunidades comportándose empresarialmente, van también usando su autonomía para tomar opciones y armar productos, paquetes vendibles de oferta formativa o de servicios, para dar respuesta a las condiciones de su propia supervivencia. Esto, llevado al extremo, implica evitar la posibilidad de participar en procesos de transformación y someterse a la mercantilización. Hay también quienes declaman la autonomía y un discurso ideológico vacío (y que lamentablemente a veces ocultan intereses de poder espurio más que un proyecto trascendente), sin propuestas viables de construcción de otra universidad y de otras relaciones con el proyecto de una nueva sociedad.

Tenemos problemas con el disciplinarismo. Hay una revolución del campo del conocimiento (hasta se vuelve a discutir con fuerza la división entre las ciencias y las disciplinas hermenéuticas) y seguimos reproduciendo los campos disciplinarios, luchando corporativamente por mantener las mismas asimetrías y por recursos. Hay dificultad incluso conceptual para pensar como abordamos los problemas complejos (como el de readecuar la relación universidad-desarrollo social), cuando estamos marcados por intereses particulares, cuando tenemos el conocimiento parcelado en disciplinas. Ni la interdisciplina ni la transdisciplina han sido resueltas de manera generalizada. A lo sumo hay multidisciplina, informes parciales (miradas) sobre un mismo objeto, que se suman y no dan una visión de la complejidad.

Una clave para avanzar de otra manera en la investigación y en la formación, es justamente encarar problemas complejos, y que cada uno desde su saber contribuya a la comprensión, diagnóstico y tratamiento del problema y confiar en que esa práctica vaya desdibujando las disciplinas donde cada uno reproduce su lenguaje y espera que el otro de alguna manera lo entienda. Y además que nos ayude a avanzar en el necesario reconocimiento del otro como interlocutor válido, donde el otro deja de ser “sólo un físico”, “sólo un sociólogo”, “sólo un historiador”, “sólo un filósofo” o “sólo un ingeniero”. Encarar con responsabilidad compartida cualquier problema complejo nos permitiría advertir que nos necesitamos mutuamente. Por ejemplo, para investigar el mejor manejo de una cuenca hídrica, necesitamos historiadores, no podemos sin historiadores tener una intervención técnica sobre una cuenta hídrica, sin saber cómo evolucionó, cómo se fueron dando los asentamientos, como cambió el ecosistema, cuál es su régimen, etc.

La problemática social, política del país se ha internalizado en nuestras universidades. Tenemos problemas con un sindicalismo que no es, a mi juicio, la mejor manera de organizar el conjunto de los intereses legítimos de los trabajadores docentes y no docentes, de los estudiantes. La práctica universitaria por momentos expresa una pérdida de sentido, como cuando se advierten grupos que están disputando espacios de poder y que poco tienen que ver con la representación de los intereses de conjunto. La intervención de la política partidaria en las Universidades a veces puede ayudarlas a vincularse con la sociedad, pero otras veces entran en un juego donde no hay racionalidad sustantiva sino pura instrumentación de la universidad para fines no confesables.

Sabemos que es muy difícil cambiar esto, si no es aprendiendo que es posible (y necesario), con ejemplos de prácticas distintas. Es arduo ese camino, y hablamos de un sistema Universitario que es parte de un sistema mundial en cambio. Verlo exclusivamente desde la acumulación de poder inmediato, desde la estrechez de períodos muy cortos es un problema. De ninguna manera queremos decir que la universidad debe estar fuera de todo espacio de poder. El problema es que una cosa es el poder democrático y responsable y otra el poder privatizado en nombre de lo público y el dominio.

Las transformaciones mayores que hacen falta hay que pensarlas como procesos de décadas. Treinta o cuarenta años llevó industrializar la Argentina. Institucionalizar la experiencia del presupuesto participativo en Porto Alegre llevó 15 años. Y además estamos enfrentados a un presupuesto universitario anual y extremadamente limitado, que en realidad ni siquiera es anual, son 9 meses, desde que nos transfieren los recursos hasta el plazo que tenemos para gastarlos. Cómo hacemos para pensar una estrategia a 10, 20 años de desarrollo saliéndonos de un juego suma-cero en donde cada vez que uno habla de cambio o de plan de estudio, otro piensa “que va a suceder con mi cátedra, con mi lugar, con mi partida presupuestaria”.

Creo que lógicamente sí se puede, si se plantea un proceso de cambio con la restricción de que toda la comunidad universitaria actual será integrada o que lo que le espera no es el desempleo y la destitución. Si se crean las condiciones políticas para que podamos definir lo que vamos a hacer, para que podamos definir con la sociedad los tiempos en los que lo vamos a hacer. Para esto hace falta algo tan elemental como un presupuesto multianual, además de una decisión nacional de priorizar una política de formación que tenga por objetivo que la Argentina se pueda ubicar en el mundo, no sólo por sus recursos naturales sino por la calidad de sus trabajadores. Es decir, por la calidad de sus técnicos, de sus científicos, de sus ciudadanos y sus instituciones, y crear condiciones para no seguir invirtiendo en científicos, técnicos o trabajadores de todos los niveles que emigran, para que podamos reproducir de manera ampliada nuestra capacidad de producir racionalmente para nosotros y para el mundo.

Son muchos los desafíos, y una de las funciones fundamentales de la Universidad es la producción y reproducción de conocimientos, en última instancia útiles, pero que pueden ser conocimientos para interpretar el mundo, para poder pensar qué es el desarrollo, para poder evaluar las sociedades que estamos contribuyendo a producir. Hay que tener muy presente que el nuevo paradigma educativo es aprender a lo largo de toda la vida, que ya no alcanza con dar títulos “terminales”, que tenemos que buscar mecanismos de educación continua que no caigan en el credencialismo vacío donde estamos apilando títulos, certificados, papeles que no necesariamente reflejan un proceso de aprendizaje.

El mercado nos incita a inventar productos que la gente pueda comprar, pero no hay producto más oscuro que la educación, y que los ciudadanos inviertan seis o siete años de su vida en una carrera inicial nos hace responsables éticamente de las ofertas que hacemos a la sociedad.